

## **"O CEGO DO CARRIO", CON SU ZANFONA, POR LOS CAMINOS DE DEZA**

*Manuel Fernández Rey*

En el Museo de Pontevedra fue depositada una zanfona que perteneció a un ciego de San Andrés de Val llamado Rafael, y que se cita en el "Cancionero Musical de Galicia", de D. Casto Sampedro como "el Ciego del Carrio".

Rafael fue famoso en las tierras de Deza y Trasdeza allá por el último cuarto del siglo XIX.

El músico, zanfona al hombro, recorría las parroquias de la comarca para actuar, no en ferias y fiestas, sino en las iglesias los días de función solemne, con fuerte olor a incienso y a cirios encendidos.

Era amigo de muchos párrocos, que le aportaban algún dinerillo y, para hacer realidad el dicho de que "o crego onde canta alí xanta", compartían con él lumbre, pan, mesa y manteles.

Según testimonios de nuestros mayores, era un buen cantor, y con su zanfona suplía muy bien la falta de un armonio, ejecutando primorosamente la "Marcha Real" en el preciso momento de la solemnidad.



"O Cego da zanfoña", un grabado de principios del siglo XIX

En sus andanzas, no sólo interpretaba música sacra, porque circunstancialmente actuaba en alguna casona de labranza, para celebrar gratos acontecimientos, tales como la terminación de faenas agrícolas. Ya con la "eira" bien barrida y con los estómagos satisfechos de bacalao con patatas y de arroz con leche, llega el momento oportuno: Rafael afina su inseparable zanfoza, los jóvenes y no tan jóvenes se inquietan, y a las primeras notas de la "muiñeira de Grava", se encuadran unos y otros en baile pespunteado, aplaudido por todos los presentes.

Las gangosas notas de la música zanfonicil cabalgan a lomos de las brisas de agosto y se dejan caer en el Deza, donde se funden y confunden con el murmullo de las aguas.

Pasa el tiempo, y el ciego, cansado de andar por caminos, unas veces fangosos, otras polvorientos, y agobiado por el peso de los años, hace entrega de su mejor prenda a su amigo y protector D. Manuel Cangas Balay, natural de Saídres, que por aquellos años de 1883 a 1891 era párroco de Santa María de Xestoso (Silleda). Este sacerdote, con mucho agradecimiento al ciego, recibe ilusionado la zanfona, a la que tomaría gran afición. Era una delicia escucharle, pero sólo actuaba en la intimidad de sus familiares y amigos, y para ello había que "poner los santos en procesión".

Parece ser que el signo de tal instrumento era el de viajar. El cura, por ascenso, pasa de Xestoso a San Martín de Figuroa (Cerdedo), y con el cura el artilugio musical, que conserva hasta su fallecimiento, acaecido el 29 de enero de 1928.

Y, ¡lo que son las cosas dela vida!, también el cura fue ciego en su vejez.

El mismo día en que se le da sepultura al sacerdote, estalló la "guerra" por la posesión de la zanfona. Todos la querían, presionaban unos y otros a los sobrinos herederos, los esposos D<sup>a</sup> Serafina García Cangas y D. Joaquín Mato Taboada. Al final, y alegando razones de que era para depositar en un museo de Pontevedra, ciñó los laureles de la victoria D. José Campos Varela, médico de Cerdedo, al cual se la entregaron en presencia de D<sup>a</sup> María Aparicio, vecina de la parroquia.

Es de suponer que al día siguiente la zanfona tomó el camino de Pontevedra, haciendo etapa en el despacho de D. Casto Sampedro y Folgar. Esto lo confirma el historiador Fortes en su libro "Pontevedra y el espejo de tiempo", citando a D. Juan Novás, que describe el despacho de D. Casto diciendo que en él "había entre otras cosas una descomunal zanfona adquirida a un ciego andariego". ¿Era la de "O Cego do Carrio"? Yo así lo creo. Ahora, la "descomunal" reposa de las peripecias sufridas en una vitrina del Museo de Pontevedra.

Yo creo que mientras estas cosas sucedían aquí en la tierra, D. Rafel y D. Manuel ya habrían recobrado la visión plena y estarían formando parte de los coros celestiales. Desde entonces, si alguna vez sonó la "descomunal", debió ser algo así como un quejido lastimero, clamando por sus dueños, y quizá, para consolarla, más de una vez y en silencio, habrán bajado de las alturas al Museo para templar sus cuerdas y acariciar la que fue su joya más preciada: la zanfona.